

DIOS VIVE EN LA CIUDAD. EVANGELIZAR LA CULTURA URBANA

Prof. Eloy Bueno

Aula de Teología
26 de Enero de 2016

1. INTRODUCCIÓN

Muchas gracias por la invitación y poder hacer esta reflexión que realmente es muy importante. Siento no tener ninguna piedra filosofal para afrontar esta cuestión que a todos nos interesa.

En el título antepuse la expresión “Dios vive en la ciudad” porque era el título de una conferencia que había tenido hace 7 años, el Cardenal de Buenos Aires, Bergoglio. La primera vez que yo vi la expresión como tal fue leyendo dicha intervención del cardenal Bergoglio y descubrí que, como tantas otras cuestiones, citaba “Aparecida”.

Este título refleja en síntesis la cuestión fundamental de la que aquí estamos hablando cuando pretendemos pensar cómo evangelizar la ciudad. He dividido la conferencia en cuatro partes: En la primera, *La ciudad, escenario de nuestra civilización*, daré unas pinceladas sobre la ciudad, para detenernos solo un poco más en la segunda parte *La ciudad interpela y reditúa la presencia cristiana* porque, en definitiva, me parece que lo que más nos puede interesar son los puntos tres y cuatro del esquema: *Saber mirar la ciudad* y *Vías y perspectivas para la evangelización en la ciudad*.

1. La ciudad, escenario de nuestra civilización

En primer lugar creo que valorar la ciudad como el escenario en el que se desenvuelve nuestra civilización y nuestra cultura es algo realmente importante; incluso podríamos decir que es uno de los puntos en los cuales se manifiesta cómo nuestra memoria histórica se encuentra realmente al final de un desarrollo en el cual la potenciación de las capacidades humanas se concentra y se concreta en la creación de lo que es la ciudad.

Creo que la ciudad, tal como la vivimos hoy, tiene de peculiar que se conjugan y coexisten lo que es el aliento de la modernidad y luego el aliento -o el “des-aliento”- de la postmodernidad. Pero podemos decir que, tanto lo moderno como lo postmoderno, encuentran su ámbito de existencia, su condición de posibilidad, en la ciudad.

En la actualidad es evidente que, si observamos las ciudades, nos damos cuenta de que están caracterizadas por el pluralismo, precisamente porque la configuración de la ciudad y de la mentalidad urbana provoca que haya pluralidad, no hay un solo estilo de vida ni un solo modo de pensar. Al mismo tiempo, la ciudad se va caracterizando cada vez más por la heterogeneidad de grupos diversos, a veces enfrentados, porque es el ámbito de la cultura, la experiencia, la innovación, la creatividad... y vemos cada vez más que, en el momento actual, las ciudades se van caracterizando por la multiculturalidad. Es evidente que, todo eso que constituye la dinámica de la modernidad, se condensa en la ciudad, así como todos esos estilos de vida que configuran lo que llamamos la postmodernidad, y que podríamos calificar en buena medida como “experiencia nueva de libertad y de fragmentación”. Porque, para entender luego la actitud evangelizadora, ese doble aspecto que acabo de decir me parece que es fundamental. Es decir, la modernidad se caracteriza por el aliento de emancipación

de la humanidad, por tanto es una afirmación de la libertad; pero también lo es la postmodernidad, precisamente porque rompe con los lugares únicos, con las líneas unilaterales, y va asimilando experiencias en las cuales el individuo, conforme a sus deseos, a sus apetencias, va configurando su propia identidad.

Como sabemos, esto es algo muy peculiar de la postmodernidad, es decir, la realidad fragmentada. Y nos damos cuenta de que eso dificulta la evangelización, o no la hace posible, desde otro punto de vista. Pero si no nos damos cuenta de este aspecto, a lo mejor no podemos entender el tipo de evangelización que hoy se requiere en la ciudad y que en mi exposición se remite, evidentemente, a fuentes diversas, pero en gran medida me fijaré sobre todo en lo que dice el Papa.

Hace poco leía un libro de un laico francés, que era el resultado de una precisión suya sobre una petición de los obispos franceses sobre cómo hacerse presente en la cultura actual. Este autor decía y presentaba al papa Francisco como el modelo del estilo evangelizador en la postmodernidad, precisamente del mundo postmoderno de nuestra cultura urbana.

Por tanto, es lógico que la ciudad sea el lugar donde de modo más patente se percibe la mutación de lo religioso. Porque decir “lo religioso desaparece o no desaparece” es una afirmación demasiado simple. La mayor parte de los analistas de la cuestión hablan sobre todo de “la complejidad de la situación actual” en la cual la religiosidad se transforma; porque asistimos a una peculiar profanación de lo sagrado y, a la vez, a una curiosa sacralización de lo profano. Es decir, se profaniza lo sagrado de muchos modos; basta pensar, por ejemplo, en el modo de celebrar hoy la Navidad, el consumo, etc. Pero, al mismo tiempo, se da la sacralización de lo profano, es decir, la divinización de tantas cosas mundanas como pueden ser la madre tierra, la raza, la patria, o puede ser un músico, un deportista, etc.

Y la ciudad aparece ante nuestros ojos cargada con una profunda ambigüedad y ambivalencia. Por un lado, la ciudad es el reino de la libertad, la creatividad, el desarrollo, y es una de las manifestaciones, en mi opinión, más magníficas de la inteligencia humana; pero, a la vez, nos damos cuenta también de que la ciudad tiene su aspecto oscuro, por ejemplo, el anonimato, el crecimiento de la violencia, la explotación o la exclusión... Y debemos tener en cuenta ese tipo de situación ambigua de cara a pensar en la actitud evangelizadora habitual.

2. La ciudad interpela y resitúa la presencia cristiana

En ese mundo caracterizado por la mentalidad urbana surge una clara y directa interpelación y desafío a la presencia cristiana que lógicamente queda resituada; la ciudad aparece como un laboratorio de cultura, es decir, ese ámbito en el cual se va produciendo la hibridación de elementos múltiples que van confluyendo en la ciudad. Y van apareciendo permanentemente perspectivas nuevas, imprevistas, insospechadas... pero, precisamente en ese tipo de laboratorio, es cuando el cristianismo descubre que no aparece como generador de cultura o como creador de sentido, sino que más bien se ve expuesto en su pasividad a influjos diversos que no siempre consigue interpretar, asimilar o integrar. Y desde este punto de vista el cristianismo va viendo que ya, en esa complejidad de la cual surgen tantas experiencias, el elemento cristiano va perdiendo significación o influencia. Eso genera un miedo profundo a situarse en esa nueva circunstancia histórica.

Sin embargo, yo creo que la situación de encrucijada debe ser iluminada como una ocasión decisiva porque, como otro autor también francés comentaba, precisamente porque la ciudad tiene esa ambivalencia de lo moderno y lo postmoderno, la ciudad puede situarse, o situar al cristianismo, como el momento en el cual se produce la salida de la religión. Según la famosa tesis de Marcel Gauchet, filósofo y sociólogo francés, “el cristianismo es la religión de la salida de la religión”. Precisamente porque el cristianismo encierra en sí la desacralización de muchas cosas; basta que pensemos en un Dios que se hace carne, niño, por ejemplo; ¿eso no es un elemento de desacralización? Y el mismo cristianismo, que es un estímulo de libertad, ¿no va generando la emancipación de las instituciones mundanas políticas o cívicas, respecto a las de las autoridades o instancias religiosas? Por eso el cristianismo, desde el punto de vista histórico, puede ser valorado desde una gran liberación; genera y provoca que la humanidad salga de la religión, o del espíritu religioso, y de ese modo cumple su función histórica.

Pero, ¿no es precisamente éste el momento en el que el cristianismo puede aparecer como el futuro de la religión en ese tipo de ciudad en la cual viven los habitantes que viven? Porque se presenta como la religión de la conversión y por tanto no de la presión de la tradición; son personas libres que, en medio de la pluralidad del ambiente hacen una función. Pensando también en la perspectiva histórica, ¿no puede estar ahí la gran aportación del cristianismo en la actualidad, precisamente en esta ciudad y en esos habitantes?

Por eso, los cristianos debemos afrontar ese tipo de desafío y de encrucijada porque ahí también se puede percibir algo de la profunda memoria de la historia cristiana. Porque, ¿acaso el cristianismo no surgió, se incubó y se extendió en las ciudades? Viendo en perspectiva histórica, los orígenes del cristianismo aparecen ante los ojos del historiador cómo la difusión de iglesias. Como veremos después, la palabra “iglesia y ciudad” van íntimamente unidas. A mí me gusta contar un fenómeno muy curioso: cuando S. Pablo, según cuenta en Hechos 16, se decidió a dejar Asia Menor y cruzó el mar para pasar a lo que es Europa, lógicamente desembarcó en un puerto de pescadores, una gente de mayor cercanía, pero Pablo no se quedó allí, sino que se adentró 16 Kms. para acabar en Filipos, que era, precisamente la ciudad que se encontraba en “la autopista” –podríamos decir- que, casualmente, unía Roma, la capital del imperio con el oriente. Filipos con Antioquía eran también ciudades multiculturales, multiétnicas, multireligiosas; por tanto, en la memoria más profunda de la historia cristiana, se encuentra una flexibilidad cultural o una sensibilidad humana.

Hecha esta presentación del panorama y de la problemática, me parece que lo primero para afrontar la situación es saber mirar la ciudad; ¿qué tipo de mirada?

3. Saber mirar la ciudad

Un escritor francés decía que “el tipo de mirada que tenemos denota el tipo de persona que somos”; por ejemplo, el tipo de mirada avariciosa, denota un tipo avaricioso. Por tanto, el tipo de mirada que dirigimos sobre la ciudad, lo va a determinar todo. Esa perspectiva es la que yo creo que el cardenal Bergoglio primero, y el papa Francisco después, repiten con claridad: “si no sabemos mirar, ya es inútil cualquier perspectiva que queramos adoptar”. Es como si dijéramos que, en la mirada se juega ya la virtud e incluso ya la actitud.

Me gustaría leer simplemente una frase del cardenal Bergoglio cuando decía:

“El pastor o el cristiano que miran la ciudad, deben combatir ante todo, la tentación de la no-mirada, o del no-mirar; porque ya en el evangelio el Señor reprocha muchas de estas formas de no-mirar; por ejemplo, la de la ceguera pertinaz de los escribas y fariseos, la del encandilamiento de quien vive solo a la luz de la iluminación del centro, pero también la de aquellos que pasan de largo. Incluso hay un nivel más básico de esta no-mirada. Es difícil categorizar, pero se la puede describir.

En algunos discursos se entrevé que la perspectiva brota de una especie de ‘nivelación de miradas’, si se me permite hablar así. La mirada de fe no se valora existencialmente como don de Dios al hombre que se sitúa en la frontera de la existencia para ser mirado y mirar al Dios vivo, sino que se considera la mirada de fe en cuanto “resultado”, por decirlo de alguna manera, en cuanto “lo que ya se ha dicho sobre algún tema en algún documento”. Esta mirada de fe se pone al lado de las miradas de la ciencia o de los medios y casi inmediatamente se cataloga de “anticuada” o “no puesta al día” ante la mirada de alguna ciencia que muestra cosas novedosas. En esta mirada el que habla o escribe se ubica a sí mismo en una suerte de lugar privilegiado desde donde “objetiva” la postura tradicional y el nuevo paradigma.

Dicho de un modo más comprensible: esa nivelación de las miradas consiste en un mirar en el cual no está existencialmente implicado el que contempla, sino que adopta la actitud de mirar determinados documentos, estudios, análisis... para sacar una conclusión teórica, pero desde fuera. Ese modo de no-mirar es tal vez el más peligroso porque, como sigue diciendo el papa:

En términos de vida podríamos decir que la “no mirada” es la de un sujeto “abstracto” (no vivo) que mira cosas abstractas desde paradigmas abstractos. En cambio la mirada de fe es la de un sujeto vivo –el pueblo de Dios en camino, como dice el Papa –, que mira eclesialmente realidades vivientes en medio de las cuales Dios vive también. Lo que quiero decir es que las “no-miradas” son de “no-sujetos” y la ciudad, al igual que la Iglesia, necesita mirada de sujetos (eclesiales y ciudadanos, según el caso).

La mirada hace posible descubrir a quienes habitan la ciudad; y la mirada en la cual queda implicado el que mira, esa mirada enriquece la ciudad y la cambia, simplemente con mirarla. Es decir, cuando uno contempla la ciudad desde la perspectiva de la fe, la está cambiando, mejorando y enriqueciendo. Y esto desde distintos puntos de vista:

Primero porque, cuando esa mirada de fe, se lanza sobre la ciudad, descubre en primer lugar que “Dios habita en la ciudad”. Benedicto XVI hacía esta reflexión: *¿Es que sin la referencia a Dios, puede encontrar unidad de sentido una mirada al conjunto de la realidad?* Por tanto, la mirada de fe, en la medida en que descubre que “Dios habita en la ciudad”, ya la está enriqueciendo, porque le da un sentido, un fondo, una unidad

Y además esa mirada de fe descubre también a Dios “actuando” en tantas batallas, compromisos, esperanzas... Ahí se está descubriendo que Dios actúa en los compromisos de muchas personas concretas.

Y esa mirada permite también descubrir a los que en la ciudad quedan excluidos, a los que en la ciudad son “sobrantes” o son marginados. Es decir, la mirada de fe permite también discernir lo que es la ciudad y lo que es la anti-ciudad. Y, desde este punto de vista podemos ver que “quien contempla se está implicando” y lógicamente está sirviendo a la fe.

Desde ahí habría que valorar el dinamismo que el papa ve en el estudio y el análisis que el documento de Aparecida presenta sobre la ciudad. Dice:

Cuando en Aparecida se toca el tema de la “evangelización de la cultura urbana”, en primer lugar se hace un análisis, se describen características, peligros, etc. y, una vez visto todo esto, surge la palabra miedo, miedo a afrontar pastoralmente esa situación. En ese itinerario se produce una inflexión que tiene un doble paso: en primer lugar cuando se descubre que la ciudad es expresión de lo más noble de la realidad humana. Pero luego, sobre todo, cuando se descubre que en la ciudad hay muchas personas a las cuales hay que encontrar o a las cuales hay que salir al encuentro. Y lógicamente nosotros tenemos que experimentar ese itinerario porque entonces nos daremos cuenta de que la mirada nos implica como sujetos para ver que la fe, la esperanza y la caridad sirven como sustrato de las actitudes evangelizadoras.

La mirada de fe nos lleva a salir cada día y siempre más al encuentro del prójimo que habita en la ciudad. Nos lleva a salir al encuentro porque esta mirada se alimenta en la cercanía y por tanto lleva a crear espacios de encuentro en la ciudad. Porque, ¿no es iluminador ver cómo Jesús iba actuando con la gente que encontraba por la calle?

Con la gente que uno se encuentra por la calle, cuando uno pasa haciendo el bien, empieza a liberar el fondo mejor que hay en el corazón de cada persona. Con lo cual, la mirada de fe abre al encuentro y la ciudad queda enriquecida porque –podríamos decir– la evangelización ya está en marcha. Simplemente con ser mínimamente coherentes con la fe.

Pero es que además también, la mirada de fe es mirada de esperanza. Mirar con esperanza significa compañía y acompañamiento y, por tanto, la mirada de fe tiene paciencia y no se cansa.

En *Evangelii Gaudium* el papa enuncia cuatro principios que él ha empleado mucho en su vida y que yo creo que pueden valer enormemente para la pastoral.

El primero dice que *El tiempo es superior al espacio. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad.*

Con esto quiere decir que el corazón humano, que busca el poder y el dominio, mira el espacio para ver cómo lo va dominando, controlando, para ser el dueño, todo es suyo... Sin embargo, la presencia cristiana no tiene que ser ésa, sino que es la que descubre que lo importante no es dominar el espacio, sino generar procesos y acompañarlos; es decir, poner en marcha algo y luego, ¡ya se verá! ¿Quién iba a decir a aquella gente, cuando Pablo llega a Filipos, que aquellas 20 personas iban a dar origen a lo que iba a venir después? Ahí se generó un proceso. Y eso solo es posible cuando la fe se hace esperanza, cuando tiene horizonte, cuando va acompañando los procesos... El cristianismo nació en la ciudad, nace como poquita cosa... Y a la vez, ver cómo camina que, evidentemente es cuando se va introduciendo el germen que va haciendo que tenga sabor.

Esta dinámica nos permite a nosotros también valorar la amplitud y las potencialidades de la presencia cristiana porque tal vez lo valoramos poco. Si nos ponemos a mirar la sociedad, tenemos que valorar en mayor medida el enorme abanico de modalidades de presencia cristiana en campos importantes que la sociedad reconoce y que realmente son importantes para el funcionamiento de la vida social. Podemos hablar, por ejemplo, de presencia en escuelas, en instituciones académicas y culturales, en obras sociales... Si nos ponemos a mirar, no sabemos los procesos que ahí se están generando... pero, incluso antes de ver lo que puede dar de sí, ya en el presente, ¿qué pasaría en la vida social si

desapareciera la presencia cristiana? Si se da presencia en tantos ambientes, también se entra en contacto con muchísima gente, y esos encuentros ¿no van dando elementos que fecundan la ciudad?

Por eso, tengamos confianza en nosotros mismos, es decir, en aquello que hacemos y también en aquello que somos, y en los dinamismos sociales que esto genera.

Creo que esto puede ser bastante útil porque, si nos damos cuenta, el lamento o la queja son demasiado frecuentes entre nosotros, pero tal vez -como dice el mismo Bergoglio- *porque a lo mejor hasta ahora los cristianos tenían la mirada por encima de la ciudad*. En una ciudad de cristiandad, el cristianismo modelaba permanentemente el conjunto social; en ese sentido podemos decir que era una mirada desde “por encima”. Pero, si nos damos cuenta sencillamente de nuestra mirada y nos situamos en la ciudad, podremos valorar realmente todo ese tipo de aportaciones que nos llevan a saber que nosotros podemos aportar mucho, estamos aportando mucho; es una presencia evangelizadora en la cual reconocemos la fragilidad que tenemos, pero al mismo tiempo reconocemos lo que estamos aportando. Y, desde ese punto de vista, tampoco tenemos porqué desmerecer de lo que aportan otro tipo de lógicas y dinamismos de pensamiento.

Tenemos que aprender a conjugar la actitud de evangelizar sin complejos, a la vez que respetamos profundamente la libertad de conciencia de los demás. En este tipo de sociedad actual, seguramente que el testimonio es la forma actual de la santidad; ser testigos en la vida cotidiana. El testimonio cristiano en la vida profesional es el modelo de santidad que hoy tenemos y que yo creo que muchas personas están realizando, sin duda alguna.

Como Iglesia, debemos aportar la actitud de que, si somos testigos, realmente la lamentación o la queja no tendría sentido. Muchas veces decimos que la Iglesia tiene que ser atractiva, atrayente... Yo creo que sí, y también que la imagen de la Iglesia es hoy el primer anuncio del evangelio para muchísima gente, pero ese modo de hablar también puede ser un peligro; si decimos que la Iglesia tiene que ser atractiva y atrayente, a lo mejor ponemos en peligro a la Iglesia; y la iglesia es testigo. El testigo tiene que abrir una fisura en esa inmanencia que nos envuelve o que amenaza con envolvernos. El testigo, y por tanto la Iglesia, tiene que actuar simplemente desde la aportación fundamental, en nuestra cultura y en nuestra civilización, para hacer ver que no todo se explica, que no todo se sostiene y que no todo tiene sentido simplemente desde el punto de vista de la inmanencia.

Yo creo que, en la actualidad esa idea de testimonio es fundamental porque, al fin y al cabo, ¿cómo se hizo siempre la evangelización? A mí me gusta mucho recordar un capítulo del Vaticano II, en el cual casi nadie se ha fijado pero que, desde mi punto de vista, es el que mejor marca el futuro de la vida de la Iglesia en todos los continentes. Es el capítulo segundo del Decreto misionero *Ad gentes*, donde nos cuenta cómo empieza la acción evangelizadora. Ésta empieza siempre por el testimonio de alguien cuya actitud suscita la pregunta “¿Y éste por qué se comporta así?” Démonos cuenta de que, si no se da ese momento de la admiración y deseo, no hay evangelización que valga. Platón y Aristóteles decían que “la filosofía empieza por la admiración”; cuando uno se maravilla de determinadas cosas, recoge interpelaciones e intenta responder. Evidentemente, lo que decían Platón y Aristóteles de la filosofía podemos decirlo del itinerario evangélico. No sé si se han fijado, leyendo los evangelios, cuántas veces aparece: “y se asombraban de lo que hacía”, y “se admiraban de lo que decía”. Lógicamente, si eso pasaba con Jesús, con cada uno de nosotros tiene que suceder lo mismo.

El testimonio cristiano, a partir de esas acciones y de esa presencia, introduce un testimonio que, en definitiva, ofrece también como posibilidad existencial la espiritualidad que a uno le mueve. Y precisamente en este momento actual, en esa metamorfosis de lo religioso que se está produciendo en nuestras ciudades, la experiencia cristiana de la espiritualidad resulta fundamental; es decir, el saber dar razón del espíritu que a uno le mueve y le anima.

En esa actitud -es algo que el papa Francisco repite mucho en sus mensajes- hay que negar dos herejías de la antigüedad que también hoy tienen mucha actualidad desde el punto de vista pastoral: el pelagianismo y al mismo tiempo el gnosticismo, porque ambas “distraen de Cristo”.

El pelagianismo consistiría en tener tanta confianza en las propias fuerzas que uno acaba creyendo que con sus análisis, sus planes, su organigrama, su organización... consigue todo. Dice el papa que *el pelagianismo nos lleva a tener confianza en las estructuras en las organizaciones, en las planificaciones perfectas, porque son abstractas... La norma da al pelagianismo la seguridad de sentirse superior, de tener una orientación precisa*¹ Y en otra ocasión define como pelagianos a *los que se distraen de Cristo, volcados en el hacer, el activismo y el esfuerzo*². Por tanto, no se puede estar permanentemente entre la diagnosis – hacer el diagnóstico- y el organigrama y olvidarse del testimonio. Lo que importa no son solo los medios ni los recursos, sino el testimonio personal porque, por mucho que estemos en la ciudad, o precisamente porque estamos en la ciudad, no queda más remedio que avanzar por el camino del contacto personal, y evitar ese tipo de pelagianismo de sólo el análisis, el diagnóstico y el programa.

Otro peligro es el del gnosticismo, es decir, la tentación de quedarse en las palabras y vivir de ideas o ideales, pero olvidando el rostro concreto de aquel que encontramos en el camino; rostro concreto, con su nombre, sus lágrimas, sus sonrisas, etc. Porque siempre es la carne del hombre concreto la que nos sitúa en la realidad. Esta segunda tentación –dice el papa- *lleva a confiar en el razonamiento lógico y claro, el cual pierde la ternura de la carne del hermano*. El papa insiste en que “cuando tocamos al pobre o al enfermo, tocamos la carne de Cristo”. Simplemente por eso, éstos tienen una connaturalidad con la fe; tienen algo muy importante que enseñar. Puede ser que nosotros caigamos en el gnosticismo de vivir de ideales porque no queremos tocar la carne concreta de quien sufre, de quien está solo... Todo esto lo encontramos, de un modo patente, en la ciudad.

4. Vías y perspectivas para la evangelización en la ciudad.

Lo más importante es tener en cuenta que la evangelización se encuentra en el corazón de la fe y en el corazón de la Iglesia. Es una toma de conciencia de lo que, de algún modo, decretó el Vaticano II, pero que después, en el periodo postconciliar se ha ido acentuado como motor de vida. Pablo VI decía que *la Iglesia existe para evangelizar*. Ahora bien, no es solo eso; evangelizar es el gozo de la Iglesia. Si el cristiano, o la comunidad eclesial siente el evangelizar como un peso o como una carga... hay poco que hablar, porque la batalla está perdida. La evangelización no sale de la Iglesia, sino que es aquello que hace existir a la Iglesia y que aporta el gozo de ser cristiano desde ese presupuesto.

¹ Discurso en la catedral de Florencia. 10 de Noviembre de 2015

² Homilía en Santa Marta. 8 de Junio de 2013

Veamos ahora los cuatro caminos que yo indico como más significativos en la actualidad.

a.- *La libertad, ámbito privilegiado para evangelizar*

Tomar conciencia de que la libertad, y por tanto el ejercicio permanente de la opción en este mundo fragmentado y desde esta sensibilidad postmoderna, es el espacio privilegiado para evangelizar porque el cristianismo, en esa encrucijada a que nos referíamos antes, de que tiene que marcar el futuro de la religión, no aparece como la religión de la obligación, sino de la propuesta.

También a veces en esto podemos tener algún prejuicio. Observad cómo la Iglesia, desde el Vaticano II ha ido cambiando mucho porque habla fundamentalmente de ofrecimiento, de respeto, de la autonomía de la gente, de la libertad de conciencia, de que, evidentemente, no se trata de sobrecargar la vida sino de caminar-con. El papa Francisco ofrece un modelo que a muchos les inquieta o descoloca. Alguien decía que el papa Francisco es un pastor más bien de conversación que de enseñanza, porque la enseñanza parece que cierra el camino, la conversación abre siempre perspectivas. El papa dice determinadas frases que no cierran... *¿Quién soy yo para juzgar?* Esto desde la mentalidad de la obligación desencaja, pero se trata de ofrecer un camino para recorrer con gente que está a la espera de ser escuchada para iniciar una conversación y suscitar ese tipo de afirmaciones que, además –y creo que es otro mérito de este hombre- parece que genera la sensación de despertar en uno una fe que estaba esperando ser interpelada. Por ejemplo, me llamó la atención el comentario que hacía un periodista laico italiano acerca de aquel “buenas tardes”, con que salió al balcón de la Basílica a raíz de su elección. Un “buenas tardes” que es un modo profundamente laico de dirigirse al mundo entero, no solo a la comunidad cristiana sino incluso a los no cristianos. En ese “buenas tardes” hay esa alusión o resonancia de que el corazón del oyente se despierta el sentirse acogido; esos afectos profundos que le han hecho a cualquier persona avanzar a lo largo de la vida, porque se ha sentido acogido, reconocido... Y, por tanto, un sencillo “buenas noches” cuando lo dice una persona con su fuerza simbólica y en aquel momento tan solemne... encierra, quizá, el tipo de evangelización que hoy es posible, conveniente o necesaria en nuestra propia situación. Podemos recordar, por ejemplo, aquello que, Bernardette, la vidente de Lourdes, decía a aquellos con los que hablaba: “No, si yo no he venido para que os lo creais; yo aquí estoy para decíroslo”; y a partir de ese momento, la libertad. ¿Por qué el papa Francisco, de repente y tan frecuentemente dice algo que molesta a muchos... eso de que el proselitismo, evidentemente no es la actitud cristiana? Porque... “yo he venido a decíroslo, no a que os lo creáis”.

Yo creo que en el mundo cristiano, a pesar de que a veces pueda parecer que no, podemos estar mucho más cerca de esa sensibilidad postmoderna que tan profundamente marca a los habitantes de nuestras ciudades. No habría que confundir evangelización con conversión, porque lo nuestro es evangelizar. Y en esto siempre hay que arrancar de lo nuclear del mensaje cristiano. Lo que siempre tiene que resonar es ese mensaje originario, por un lado podemos decir que es la misericordia de Dios que, como también nos dice Francisco, donde se manifiesta de modo más magnífico es en el misterio pascual, cuando resucita ese Jesús que había sido crucificado, y resucita no contra nadie, sino con una propuesta a favor de todos. Eso es lo que no puede desaparecer nunca.

A mí me ha llamado la atención, leyendo *Evangelii Gaudium* cuando dice que el primer anuncio es el *kerigma*, la muerte, resurrección de Jesús, etc. Después del primer anuncio, llegado el momento misionero de la evangelización, viene la catequesis pero, también la catequesis, el contenido de la fe pascual, del gozo de la pascua, tiene que ser el perfume de

la catequesis; y por tanto hay que tener siempre mucho cuidado de que ese gozo no quede oscurecido por la sensación de obligación moral, de sobrecarga o de juicio porque, siempre que nosotros nos ponemos por encima, estamos convirtiéndonos en jueces y de este modo estamos sobrecargando a la gente.

El papa utiliza mucho el término “caminar”. Ya desde su primera homilía con los cardenales después de la elección, lo repite frecuentemente después, caminar, caminar-con la gente. Una de sus designaciones fundamentales de la Iglesia son “encuentro...” Y una Iglesia madre que abraza y que acoge. Pero sobre todo esta idea de “caminar con el pueblo peregrino”, es lo que pone en sintonía con el difícil itinerario que la gente lleva también adelante en nuestras ciudades. Es importante ver que a la libertad no tenemos que tenerle miedo, porque hay como una conexión connatural entre evangelio y ciudad. Y lo que parece amenaza, puede ser ocasión.

b.- El humanismo que defiende la vida y la integridad de las personas

Yo creo que en esto no hay que insistir mucho porque es evidente, y a la luz de este papa, con mayor motivo. Una de las cosas que sorprende muchísimo, y que incluso puede parecer obsesión, es que siempre que aparece la palabra “pobre”, automáticamente sigue la palabra “Dios”; y siempre que aparece “Dios”, automáticamente la palabra “pobre”. Es decir, desde allí donde parece que lo humano queda más amenazado desde los que son “sobrantes”, el “desecho”, desde ahí tiene que ir la fe y el ejemplo de la Iglesia con la humanidad que sufre. Por ejemplo, en *Evangelii Gaudium*, en el capítulo que trata de las dificultades del mundo actual respecto a la evangelización, habla de *una economía que mata* porque genera pobres; y por eso “los pobres” no es una categoría más, sino que es la categoría teológica por antonomasia. En el número 193 de *Evangelii Gaudium* aparece trece veces la palabra “misericordia” unida a “pobres”.

No hace falta insistir más en ese humanismo que brota de la fe y que recrea la integridad de la vida humana y la integridad de la creación porque es una vía permanente.

c. La experiencia real de iglesia local que se sitúa en la ciudad

Esta tercera vía tiene que ver con algo que he dicho antes. Yo creo que, precisamente en este momento, la vía fundamental de evangelización es redescubrir la idea y la experiencia de iglesia local; justamente porque la iglesia local se entiende desde la magnitud y experiencia de ciudad. La iglesia en un lugar... sin embargo, yo creo que la experiencia de esa idea de “nosotros” como cristianos en Santander o en Burgos... igual que estaban en Corinto, etc. todavía no la vivimos.

Eso unido a la experiencia de lo que es el funcionamiento sinodal de la Iglesia. El papa lo dijo el 23 de octubre, en un discurso muy solemne que, confieso, me dejó sorprendido: *El siglo XXI está pidiendo de nosotros el desarrollo de una Iglesia sinodal que consiste en que aquello que afecta a todos, tiene que ser tratado por todos. Porque cada uno tiene su carisma, y el pueblo tiene el sentido de la fe.*

En cuanto a la configuración de ese “nosotros” que es la Iglesia, la asamblea de Cristo en un lugar, es decir, en una ciudad, precisamente las circunstancias actuales son las que nos permiten recuperar la experiencia de iglesia local porque, si descubrimos eso, descubrimos un sujeto evangelizador en la ciudad, porque el sujeto evangelizador por antonomasia es la iglesia local; y la iglesia local existe en una ciudad. Esto genera la necesidad de una pastoral de conjunto, de tener bien interconectadas todas las realidades y expresiones de la Iglesia. Yo, de verdad, estoy convencido de que el futuro de la Iglesia se juega en si somos capaces

de generar ese tipo de experiencia, de lo que es, en sentido pleno y más noble, la palabra Iglesia tal como la usaba San Pablo. Eso es hoy posible porque es necesario desde el punto de vista teológico, espiritual y pastoral. Luego esto va avanzando y se multiplica en las distintas ciudades, pero es la experiencia de comunión de una tarea común en la cual el “nosotros” eclesial de Santander se siente llamado desde la población de Santander y al mismo tiempo se siente enviado a la sociedad de Cantabria.

d. El contacto y la colaboración con los grupos de la vida social

Este último aspecto me parece interesante porque, -a mí me llamó la atención, sobre todo, cuando leí *Laudato Si-* es también el deseo por parte del papa de abrir un diálogo con todo “hijo de vecino” porque, por un lado a todos nos une la realidad y por otro todos padecemos la misma realidad también.

Pero lo que más me llamó la atención -y me parece que por aquí está una línea pastoral que habría que explotar- es la enorme variedad de grupos sociales que, en el tejido de una sociedad, adquieren protagonismo. Y cómo, con ellos y de ellos, tendríamos que saber actuar nosotros. Yo tengo enumerados todos los movimientos que aluden a este tipo de cosas, por ejemplo: Grupos que en una ciudad, porque hay un barrio que no funciona, se ponen de acuerdo para que ese barrio esté más arreglado; o un grupo de agricultores de la ciudad generan un tipo de producción determinada; o determinada sociedad de consumidores que defienden los intereses de todos; o determinados grupos que presionan sobre las autoridades para conseguir algo. Y, dice además: estos trabajando en común para que se pueda realmente tener protagonismo social. A mí me llamó mucho la atención porque, en vez de mencionar a los movimientos típicos de apostolado, lo que menciona es esto; y precisamente en esa visión de ecología integral que ofrece *Laudato si*, nos presenta el modelo de protagonismo que brota de los dinamismos de la vida social.

Nuestra sociedad urbana potencia mucho esto. ¿No será, pues, ése el modo que tendríamos que aprovechar más para que, en medio de nuestra sociedad podamos hacernos presentes? Y sería el modo mejor para conectar con esta cultura popular -no la más académica- que es la que plasma la imagen de la gente a través de canciones, de leyendas de música... porque es ahí donde se configura el imaginario colectivo.

Ya ven que “evangelizar en la ciudad”, evidentemente uno no puede tener en absoluto una piedra filosofal, pero teniendo este tipo de reflexiones, uno sí que descubre que, al menos hay sugerencias que abren caminos prometedores en el caso de que tengamos la mirada adecuada para ver quiénes somos y para ver dónde estamos.

Muchas gracias

Para ver un desarrollo más amplio y detallado de las conferencias, pueden dirigirse a la dirección de la Web de la Universidad: <http://www.unican.es>

1. Se pulsa en **Universidad de Cantabria** y luego pulsar en **Vida y cultura universitaria** (abajo a la izquierda).
2. Se da en **Índice** (primero izquierda) o en el 2º punto **Campus cultural**.
3. Aparece en primer lugar **Area de aulas de extensión Universitaria**. Se da en **Aula de Estudios sobre la Religión** (la tercera).
4. Luego, pulsar en **Curso de Teología**.
5. Al final, aparecen los Cursos. Ir al **Curso 2014-2015** (en morado).
6. Ir a la conferencia del **día elegido**.
7. Aparecerán en morado todas las conferencias del curso que están incorporadas hasta ese momento.
8. Las conferencias están colgadas en PDF para que no puedan ser modificadas.

